

que por la victoria, que parecía imposible. Herido Garay en el pecho, siguió combatiendo. Todos los indios dirigían contra él sus golpes, con la esperanza de matar á este enemigo, siempre vencedor. El mismo Garay, que rara vez hablaba de su persona, dice al relatar el combate: «Me mataron el caballo y estuve caído y mal herido.» Al fin, el heroísmo de aquel puñado de hombres acabó por dispersar á los charrúas, que dejaron sobre el campo 200 cadáveres. Había allí soldados duros y de gran fama, como Juan Vizcaíno, Hernando Ruiz, Juan Osuna, Juan Sánchez, Aguilera, Rasquín y Carballo, veteranos acostumbrados á pelear con indios de diversas «generaciones», y conocedores de sus modos de batirse.

Ortiz de Zárate se aprovechó de esta victoria para fundar la población de San Salvador en un pequeño río del mismo nombre, tributario del Uruguay. En ella quedaron el Adelantado y su cansada expedición, mientras Garay emprendía la vuelta al Paraná con los títulos de capitán general, teniente gobernador y justicia mayor de Nueva Vizcaya. Este fué el nombre que el vascongado Ortiz de Zárate pretendió dar á su gobierno; pero no prevaleció sobre la antigua denominación de Río de la Plata.

En 1574, el Adelantado, que no podía vivir en San Salvador por estar en pugna con españoles é indígenas, emprendió un viaje á la Asunción, difícil y penoso, como lo eran todas sus empresas. En Santa Fe lo recibió Garay con honores casi reales. Á principios del año siguiente entró en la Asunción, encargándose del Adelantazgo. Su gobierno fué corto y desgraciado. Envió auxilios á San Salvador, pero cuando éstos llegaron los habitantes ya se habían dispersado. En 1576 murió, dejando por heredero de la gobernación al que se casase con su hija Doña Juana, lo que fué causa de sucesos y conflictos que se relataron en otro lugar.

Cuando Garay quedó nombrado por el Oidor D. Juan Torres de Vera y Aragón, marido de Doña Juana, teniente gobernador del Río de la Plata, y pudo proceder con toda libertad en sus actos, dedicóse á la realización de la más amada de sus ilusiones: la repoblación de la tierra; la creación de núcleos urbanos que asegurasen el dominio sobre el país y los indígenas. Este gran fundador, á más de haber levantado á Santa Fe, echó los cimientos de trece pueblos, que vinieron á ser base del poder jesuítico en el Paraná, y creó á Perico Guazú, Talavera y Jerez en la frontera de los dominios portugueses.

Pero otra empresa mayor tentaba la noble ambición de Garay: repoblar Buenos Aires. Su certero ojo, que sabía apreciar hábilmente las condiciones de un país, le hizo fijarse en la posición estratégica de la antigua ciudad fundada por Mendoza, dominando el río de la Plata y la confluencia del Paraná y el Uruguay. Había que «abrir puertas á la tierra», según su frase habitual, y ninguna puerta podía compararse á la que ofrecía Buenos Aires. Muchas veces se había discutido en la Asunción la conveniencia de volver á levantar esta aldea, donde tantas miserias había sufrido la generación anterior, y los más se mostraban favorables al empeño. La orgullosa tenacidad española entraba por mucho en tal resolución. Era una vergüenza que los indios salvajes hubieran podido más que los españoles, haciéndoles huir de las riberas del Plata. Había que volver á restaurar, á viva fuerza, la obra de sus padres.

Por esto cuando Garay anunció su propósito de repoblar Buenos Aires, muchos soldados ofrecieron para la empresa. Más de 60 hombres se alistaron, y el 9 de Marzo de 1580 salió la expedición, dividida en dos partes: una, mandada por Garay, en varios barcos pequeños, y otra, encomendada al capitán Alonso de Vera y Aragón, sobrino del Adelantado Don Juan Torres de Vera. Esta parte de la expedición marchaba por tierra, y en ella iban los caballos. Entre los 63 compañeros de Garay, nueve eran españoles, y de éstos, cuatro habían venido en la armada de Mendoza. El resto eran criollos, nacidos en la Asunción, que recordaban la historia de sus padres en la primitiva Buenos Aires.

El 11 de Mayo arribaron al río de la Plata los que marchaban con Garay, y hasta Junio permanecieron en sus barcos esperando la llegada de los caballos y ganados, que venían por tierra. Cuando se presentó Alonso de Vera y Aragón saltaron en la solitaria costa, donde treinta y nueve años antes había fundado Mendoza su ciudad.

No se vislumbraba una sola toldería de indios en aquel desierto. A lo lejos, corrían en inmensos galopes, como asustados de la presencia del hombre, miles y miles de caballos. Era la descendencia de las yeguas abandonadas por los primeros habitantes de Buenos Aires. Estos animales, multiplicados de un modo prodigioso, y gozando de una libertad salvaje, podían considerarse los únicos dueños del país.

Los viejos que habían vivido en la ciudad de Mendoza guiaron á Garay, señalando, tras largos titubeos, los sitios ocupados por la antigua población. Apenas si quedaban vestigios de ella. La gente joven sentíase emocionada al conocer unos lugares de los que tanto había oído hablar en su infancia. Muchos, á impulsos de su tenacidad castellana, y tomando la fundación de la ciudad como un asunto de honor, querían que ésta fuese reedificada en el mismo sitio, al lado del Riachuelo é igual en todo á la otra; pero Garay, corrigiendo un error de los primeros expedicionarios, que tanto sufrieron de la humedad y las fiebres, llevó la traza del nuevo pueblo á una vasta meseta, á espaldas de las barrancas, por ser terreno fértil, sano y sobre todo seco.

Todavía no se presentaban indios en las inmediaciones, y los españoles pudieron dedicarse á la fundación de su ciudad sin sufrir molestias. Un sábado, 11 de Junio de 1580, se echaron los cimientos de la actual Buenos Aires. Los expedicionarios, vistiendo sus mejores ropas, y con las armas limpias, asistieron á la ceremonia prescrita por las instrucciones reales. Se plantó el rollo de justicia, se tremoló el pendón del Rey, y el capitán general «echó mano á su espada y cortó hierbas y tiró cuchilladas», tomando posesión de este modo de las nuevas tierras en nombre del Monarca de España. Sólo los caballos salvajes pudieron presenciar la ceremonia. Tal vez acudieron recelosos, con las narices dilatadas y la grupa estremecida, para ver de cerca á estos hombres del país de sus abuelos, huyendo entre relinchos y coces al sonar la primera aclamación.

Los soldados aplicáronse á construir un fuerte, y así que se vieron en buenas condiciones de defensa, salió Garay con algunos jinetes á correr el país, extrañado de su soledad. Á media legua, en las cercanías del Riachuelo, tropezó con una partida de indios, trabando combate con ellos y matando algunos. Eran una avanzada exploradora. Las tribus estaban ya avisadas de la presencia de los españoles, y se coaligaban y aprestaban para la guerra á las órdenes de Tabobá, cacique de grandes prestigios.

Era cautivo de los indios, desde algunos años antes, el caballero español Cristóbal Altamirano, y éste hizo llegar á Garay la noticia de tales preparativos, trazando con carbón algunas líneas y metiéndolas en una calabaza que arrojó al Riachuelo. La noticia llegó á su destino, aprovechándola Garay para ultimar las obras de defensa. Altamirano, al ver que su conducta despertaba sospechas entre los querandíes, acabó por fugarse, entrando en Buenos Aires, donde sus compatriotas le acogieron con entusiasmo, declarándolo meritísimo poblador de la nueva ciudad.

Siete días después de la fundación hizo salir Garay para España la carabela *San Cristóbal de Buena Ventura*. Iban á bordo de ella el franciscano Juan de Rivadeneira y otros religiosos de la expedición, portadores de una carta al Rey, en la que Garay relataba todo lo ocurrido, encareciendo la necesidad de auxilios para Santa Fe y Buenos Aires. El caudillo ensalzaba lo fecundo del país y lo fácilmente que se habían desarrollado los caballos abandonados por las gentes de Mendoza. Con la misma rapidez se reprodujeron las vacas y ovejas traídas luego del Paraguay.

Los indios, coaligados, cayeron sobre la ciudad, trabándose una serie de empeñados y sangrientos combates. De todos ellos salieron vencedores Garay y los suyos. Intentaron los indígenas incendiar las chozas y los barcos por medio de bolas inflamadas, como en la época de Mendoza; pero Garay, aleccionado por la experiencia, adivinaba sus intenciones, desbaratándolas á tiempo. La guerra terminó con un tremendo combate en el que los indios, á pesar de la superioridad numérica, se vieron sorprendidos y cercados por los españoles. El valeroso



ALONSO DE ERCILLA. EL HOMERO AMERICANO (Grabado antiguo).

Fernández de Enciso mató de una cuchillada al cacique Tabobá, y fueron tales los estragos que la caballería hizo en las filas indígenas, que el paraje de la batalla, al Sur de la ciudad, cerca del río, se llamó en adelante «el pago de Matanzas».

Los indios, tan ensoberbecidos por sus victorias en tiempo de Mendoza, tuvieron ahora que someterse al dominador del suelo ó huir á las soledades de la pampa. Garay, después de su victoria, realizó una expedición al Sud, recibiendo el testimonio de sumisión de algunos caciques y empadronando á sus tribus. Cristóbal de Altamirano, que iba con él y conocía el idioma del país, contribuyó mucho á las buenas relaciones entre vencedores y vencidos.

Garay, al verse libre de los cuidados de la guerra, hizo la distribución de la ciudad y de los alrededores entre su gente y algunos vecinos de la Asunción, que le habían ayudado con dinero en la preparación de la empresa. En este reparto procedió más equitativamente que Mendoza, pues no dejó á nadie sin solar en la ciudad y sin chacra en las afueras. Trazó en diez y seis manzanas la población, de Norte á Sud, y en nueve de Este á Oeste, dando á cada manzana una extensión por costado de «ciento y cuarenta varas de medir». Además destinó varios terrenos á plazas, iglesias y edificios públicos, adjudicando algunos solares á los santos, como Santa Úrsula, San Francisco y las Once mil vírgenes. San Martín fué elegido patrón de la ciudad, y ésta, además de llamarse Puerto de Santa María de Buenos Aires, recibió de Garay el título de Trinidad, que tuvo tan efímera vida como el de Nueva Vizcaya, aplicado á la gobernación del Río de la Plata. También dió Garay un escudo de armas á Buenos Aires, que algunos años después fué reemplazado por el cabildo con el escudo que actualmente se halla en uso.

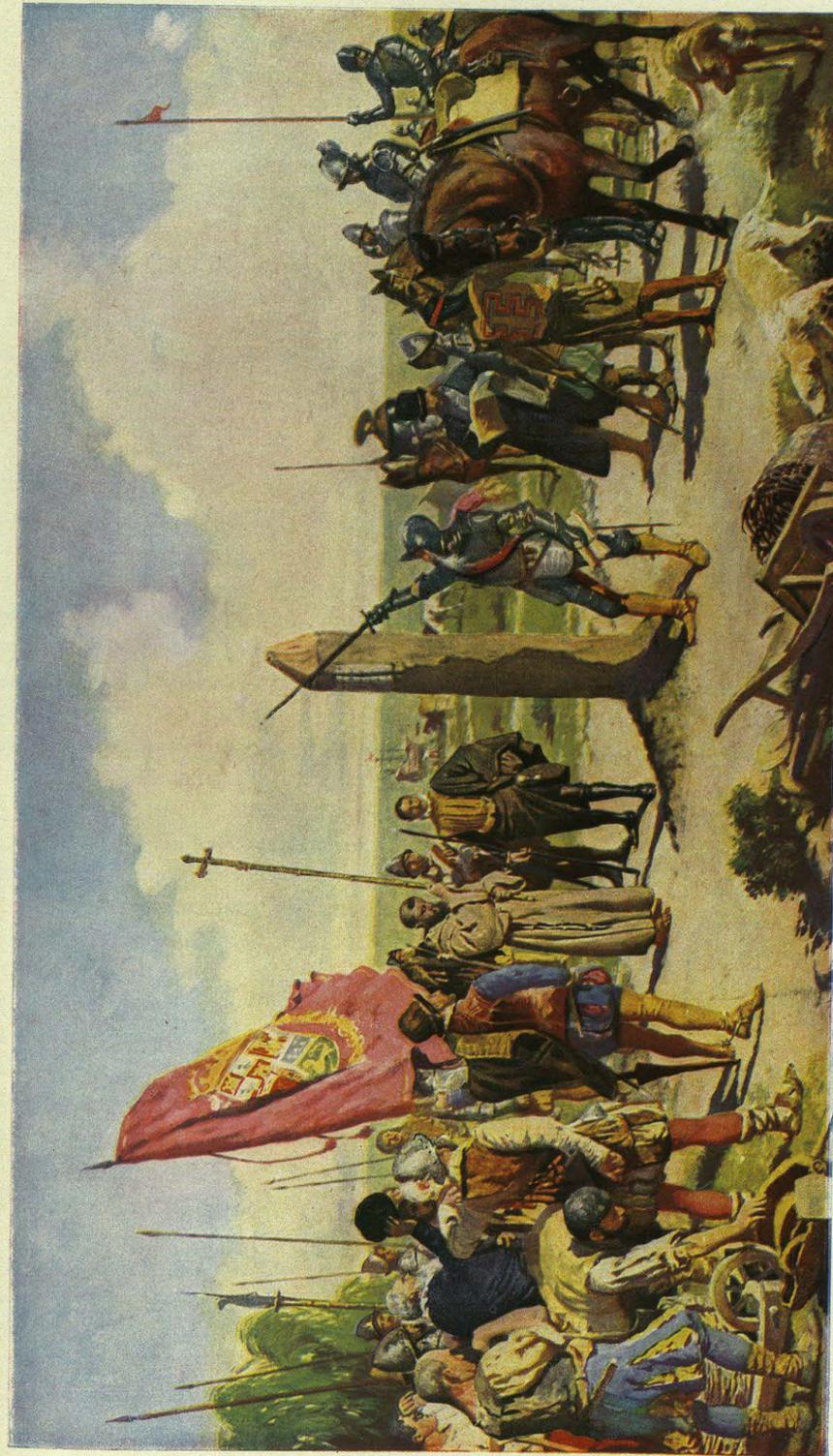
Avanzó Garay en 1581 unas veinte leguas al Sud de Buenos Aires, haciendo una relación de las tribus visitadas por él en el interior y del aspecto de las costas, donde eran muy abundantes los lobos marinos. El ganado caballar diseminado por la pampa lo apreció en «cien mil cabezas, de las castas de Córdoba y Xerez de la Frontera».

Otros conquistadores españoles corrían al mismo tiempo diversos países que habían de

Los indios, tan ensoberbecidos por sus victorias en tiempo de Mendoza, tuvieron ahora que someterse al dominador del suelo ó huir á las soledades de la pampa. Garay, después de su victoria, realizó una expedición al Sud, recibiendo el testimonio de sumisión de algunos caciques y empadronando á sus tribus. Cristóbal de Altamirano, que iba con él y conocía el idioma del país, contribuyó mucho á las buenas relaciones entre vencedores y vencidos.

Garay, al verse libre de los cuidados de la guerra, hizo la distribución de la ciudad y de los alrededores entre su gente y algunos vecinos de la Asunción, que le habían ayudado con dinero en la preparación de la empresa. En este reparto procedió más equitativamente que Mendoza, pues no dejó á nadie sin solar en la ciudad y sin chacra en las afueras. Trazó en diez y seis manzanas la población, de Norte á Sud, y en nueve de Este á Oeste, dando á cada manzana una extensión por costado de «ciento y cuarenta varas de medir». Además destinó varios terrenos á plazas, iglesias y edificios públicos, adjudicando algunos solares á los santos, como Santa Úrsula, San Francisco y las Once mil vírgenes. San Martín fué elegido patrón de la ciudad, y ésta, además de llamarse Puerto de Santa María de Buenos Aires, recibió de Garay el título de Trinidad, que tuvo tan efímera vida como el de Nueva Vizcaya, aplicado á la gobernación del Río de la Plata. También dió Garay un escudo de armas á Buenos Aires, que algunos años después fué reemplazado por el cabildo con el escudo que actualmente se halla en uso.

Avanzó Garay en 1581 unas veinte leguas al Sud de Buenos Aires, haciendo una relación de las tribus visitadas por él en el interior y del aspecto de las costas, donde eran muy abundantes los lobos marinos. El ganado caballar diseminado por la pampa lo apreció en «cien mil cabezas, de las castas de Córdoba y Xerez de la Frontera».



FUNDACIÓN DE BUENOS AIRES POR DON JUAN DE GARAY (Cuadro de Moreno Carbonero).